

La visita del Pontífice Protagonistas del templo de Gaudí

Jordi y Lluís Bonet, arquitecto y sacerdote de la Sagrada Família, heredaron de su padre el amor al templo

Una familia consagrada a Gaudí

MARÍA-PAZ LÓPEZ
TERESA SESÉ
Barcelona

Las herencias arquitectónica y espiritual de Antoni Gaudí, que a la postre han movido a Benedicto XVI a aceptar la invitación de venir a Barcelona a consagrar la Sagrada Família, respiran en dos hombres que han hecho del templo gaudiniano y de su creador el alma de sus vidas. Los hermanos Jordi y Lluís Bonet i Armengol, de 85 y 79 años, están fuertemente vinculados a ese legado. Jordi, arquitecto director de las obras del templo, y Lluís, rector de la parroquia de la Sagrada Família, lo recibieron de su padre, Lluís Bonet i Garí, discípulo de Gaudí que en 1938 restauró las maquetas destruidas al inicio de la Guerra Civil y que a partir de 1954 colaboró en las obras, de las que luego sería arquitecto director.

“Nuestro padre conoció a Gaudí de joven, en torno a 1918, cuando era estudiante de arquitectura y, como otra gente de entonces, venía a verle trabajar, Gaudí era ya muy famoso”, evoca el sacerdote Bonet en la cripta donde reposan los restos del genial arquitecto modernista. “Yo le había acompañado muchas veces de la Sagrada Família a Sant Felip Neri. Isidre Puig Boada también. Íbamos a escucharle –había explicado Lluís Bonet i Garí a *La Vanguardia* en una entrevista publicada en 1983–. Íbamos a aprender no sólo arquitectura, sino también su manera de ser, que se refleja igualmente en su arquitectura, porque posee aquel empuje del ser humano propio del hombre que admira la obra de Dios”.

Cuando así hablaba, Bonet i Garí tenía 90 años y hacía tres que había dejado de ser arquitecto del templo, pero seguía yendo a diario a la Sagrada Família. “Siento en mí una voz que me empuja”, decía. Lluís Bonet i Garí (Argen-tona, 1893-Barcelona, 1993) sintió vocación por la arquitectura gracias a Josep Puig i Cadafalch, quien en 1898 restauró Can Garí del Cros, la masía donde nació y en la que el abuelo Pere Garí había levantado un teatro para representar, entre otras, sus propias obras. Luego, el joven Lluís se prendaría

de la obra de Gaudí. “Nuestro padre le tenía devoción, pero estaba preocupado –cuenta mosén Bonet–. Se decía que Gaudí había tenido una juventud frívola, y eso a mi padre no le cuadraba; le veía un hombre piadoso y creyente, un artista con sentido del trabajo e iniciativa”. Inquieto, incluso preguntó al respecto a un compañero de clase de Gaudí, de la familia Bassegoda, quien le sacó de dudas.

Cuando al inicio de la Guerra Civil grupos de exaltados prendieron fuego a la rectoría de la Sagra-

celona como el del antiguo Banco Vitalicio (paseo de Gràcia-Gran Via).

De su mano visitó las obras del templo, siendo niño, su hijo Jordi Bonet i Armengol, lo que despertó en él la admiración por Gaudí. “Cuando en 1980, con 87 años, mi padre se jubiló, me llamaron para que le sucediera –relata Jordi Bonet–, pero me había comprometido con Jordi Pujol a hacerme cargo de la dirección general de Patrimoni Cultural”. Volvió a la Sagrada Família cinco años más tarde. Hasta hoy. La familia Bonet ha vivi-

El portal mayor de la fachada de la Gloria, por el que entrará el Papa, es el postrer trabajo del insigne escultor

La última puerta de Subirachs

JOSEP PLAYÀ MASET
Barcelona

Cuando hoy el papa Benedicto XVI abra las dos grandes puertas de bronce de la fachada de la Gloria de la Sagrada Família, se iniciará la ceremonia de la consagración del templo de Gaudí. Con ese gesto simbólico, el Santo Padre rendirá homenaje de forma implícita a una figura ausente del acto, el escultor Josep Maria Subirachs, que en las dos últimas décadas ha tenido un

esa gigantesca puerta de cinco metros de altura y cuatro toneladas de peso, que firma conjuntamente con su ayudante Bruno Gallart, fue este ya quien supervisó la operación.

El 10 de junio de 1986, Subirachs, uno de los escultores catalanes más prolíficos –tiene hasta 114 esculturas públicas–m firmó un contrato con la junta de obras del templo de la Sagrada Família, presidida por el galerista Joan Maragall i Noble, para realizar el conjunto escultórico de la fachada de la Pasión. La previsión era que tardaría

culpir. Llegó el 22 de enero de 1987 y ese día escribió en su *Diari de taller*: “He pasado la primera noche en la que será mi casa y taller por unos cuantos años: La Sagrada Família... He cambiado de domicilio sin mucho trasiego, a pesar de ser consciente que inicio una nueva etapa, llena de dificultades y quizás la última de mi vida”. En noviembre del mismo año completó su primera escultura: la flagelación, que “es la representación de la soledad del hombre”. Fue colocada el mismo mes que 62 años antes Antoni Gaudí veía acabada la primera torre de la Sagrada Família. Y 23 años después, también en noviembre, ve como el Papa accede al templo por esa puerta que será su última gran obra.

En una de las hojas del diario escribió entonces: “La característica más destacada de este nuevo camino, que acaba de empezar, es que constituye una síntesis de mis etapas anteriores, lo que acentúa una de las particularidades de mi escultura y la constatación de un cierto eclecticismo”. Y añadía: “Naturalmente este eclecticismo es más aparente que real ya que, de hecho, mi obra es siempre extremadamente cerebral y huye de la arbitrariedad buscando un lenguaje metafórico para comunicarse con el espectador”.

Es cierto que Subirachs ha seguido hasta donde ha podido las instrucciones que dejó Gaudí, pero también avisó desde el primer día que no continuaría su obra. Y nada tiene que ver la fachada barroca del Nacimiento con la austeridad de la fachada de la Pasión. El conjunto escultórico de Subirachs relata el calvario de Jesús con un lenguaje propio. De ahí que los estudiosos puedan encontrar en él elementos tan especiales como un laberinto o un criptograma, un huevo sobre la cabeza de la Virgen, en un guiño a sus maestros Piero della Francesca (Virgen de Brera en Milán) y Dalí (Madonna de Portlligat), o un autorretrato en el rostro del discípulo que enterra a Cristo.

Subirachs trabajó diecisiete años en la Sagrada Família. Como escribió su amigo Espriu: “Sin dramatismos, hemos aceptado plenamente nuestro destino con el propósito de conseguir una obra bien hecha, sin regatear el precio que debíamos pagar”.



Los hermanos Bonet, Lluís y Jordi (con el casco en la mano), junto a la tumba de Gaudí, en la cripta de la Sagrada Família

da Família –y con ella a los modelos en yeso dejados por Gaudí–, Bonet i Garí corrió al lugar; “arriesgó su vida”, dice su hijo menor. En 1939, finalizada la contienda, se decidió pro-

“Nuestro padre veía en Gaudí a un artista piadoso y creyente, con iniciativa”

seguir las obras. Tras fallecer Domènec Sugrañes –murió desesperado creyendo que no quedaban trazas de los planes de Gaudí–, le sucedió su ayudante, Francesc Quintana, y después Puig Boada, hasta que le correspondió la tarea a Bonet i Garí, autor de algunos edificios en Bar-

do profundamente esa ligazón artística y espiritual, gracias también a Mercè Armengol i Tubau, esposa de Bonet i Garí. Ejemplo: para su ordenación sacerdotal en 1958, Lluís pidió a su padre que le diseñara un cáliz gaudiniano y una casulla con representaciones de la Trinidad y la Sagrada Família, es decir, las claves teológicas del templo de Gaudí. Mosén Bonet promueve la beatificación de Gaudí, católico ferviente que podría llegar a los altares en el 2016.

Ejerció como párroco en Terrassa, y en 1993 el entonces arzobispo de Barcelona, Ricard M. Carles, confió a Lluís Bonet la parroquia de la Sagrada Família, donde sigue, y donde le basta subir las escaleras de la cripta para otear si circula por el templo su hermano Jordi.



Portal mayor de la fachada de la Gloria, de Subirachs

papel clave en las obras de la Sagrada Família.

Subirachs no podrá verlo porque desde hace más de un año ha dejado la actividad creativa. Una enfermedad le mantiene apartado, a sus 83 años, del trabajo que ha absorbido la última etapa de su vida. Cuando el año pasado se colocó

quince años. Lo acabó antes, y se le hicieron otros encargos. Puso sólo una condición: quería instalarse en la misma obra, vivir en el templo, como Gaudí. Y ante el escepticismo general, Subirachs se trasladó a un humilde piso de 35 metros cuadrados, junto al taller y las piedras por es-